

DE LOS SANTOS EVANGELIOS ¿QUÉ JUZGAMOS MÁS PERTINENTE PARA NUESTRA SITUACIÓN?

Yralis Pinto*

RESUMEN

Compartiendo las experiencias de grupos y comunidades cristianas descubrimos en la lectura orante de los Evangelios, la Buena Nueva y, en medio de las crisis que vivimos, una incesante fuente de luz y de fuerza para ir por el camino de la vida sintiendo que Jesús va entre nosotros, y debemos construir la casa común donde hay lugar para todos.

Los evangelios nos muestran a un Jesús que oye, que mira, que habla, que se acerca y toca, que se conmueve, que atiende al que está a la orilla del camino. Las actitudes de Jesús en los evangelios nos ayudan a descubrir una dirección totalmente contraria a la que la que nos llevan las crisis. La última palabra en esta vida y en nuestra historia la tienen Papá Dios y su hijo Jesús.

PALABRAS CLAVES

Evangelios, comunidades cristianas, crisis, casa común, lectura orante, Actitud, pertinente, historia.

ABSTRACT

Sharing the experiences of Christian groups and communities we discover in the prayerful reading of the Gospels, the Good News and, in the midst of the crises we are living, an incessant source of light and strength to go on the path of life feeling that Jesus is going among us, and we must build the common house where there is room for all. The Gospels show us a Jesus who hears, who looks, who speaks, who approaches and touches, who is moved, who attends to the one who is at the edge of the road. The attitudes of Jesus in the Gospels help us to discover a direction totally contrary to that which leads us to crises. The last word in this life and in our history is Papa God and his son Jesus.

KEY WORDS

Gospels, Christian communities, crisis, common house, prayerful reading, attitude, pertinent, History.

* Yralis Pinto, Licda en Educación. Pedagogía Religiosa por la Universidad Católica Santa Rosa-Caracas. Desde 1988 se ha desempeñado como docente en distintos niveles de Educación, Coordinadora Pedagógica y Pastoral en centros Educativos Avec, Directora de Centro Educativo Fe y Alegría Hna Felisa Urrutia, Directora Zona Central de Fe y Alegría. Actualmente acompaña procesos de formación para docentes y equipos directivos de Fe y Alegría. Coordinación del Centro Gumilla en la Región Central, Pertenece a la comunidad cristiana.

A lo largo de estos días hemos estado viendo lo que juzgamos más pertinente para nuestra situación. La invitación que se nos hace hoy es a acercarnos a los Santos Evangelios y permitir que nos hablen. Nuestra relación con Jesús está mediada por nuestro conocimiento de él; por ello la principal mediación son los evangelios y eso pide de nosotros escuchar discipularmente. Por eso se trata de ir a los evangelios como encuentro vivo con Jesús que siempre es Buena Noticia, dejar que el acontecimiento nos hable y que de nosotros brote el sobrecogimiento, la admiración, la escucha obediente.

Lo que queremos compartir parte de las experiencias de grupos y comunidades cristianas que vamos descubriendo en la lectura orante de los evangelios la Buena Nueva inagotable y una incesante fuente de luz y de fuerza para ir por el camino de la vida sintiendo que Jesús va entre nosotros. En este sentido lo que ofrecemos es lo que de esa lectura comunitaria vemos que ayuda para intentar vivir cristianamente la situación, siendo la centralidad de este testimonio el mensaje del evangelio que va iluminando la realidad y poco a poco, transformando la vida de quienes la escuchan.

Antes de entrar propiamente en el tema, es necesario en primer lugar hacer memoria de cómo ha ido llegando el evangelio a los cristianos de a pie, que en principio hemos sido cristianos más desde lo ambiental y doctrinario que por ese encuentro con Jesús de Nazaret y su palabra. Es el Concilio Vaticano II como ese nuevo pentecostés, como el gran acontecimiento eclesial, el que hizo que volviéramos a nuestra fuente, que contempláramos a Jesús en el Evangelio, que lo descubriéramos como Buena Noticia para nuestro tiempo: Luego del concilio, las Asambleas del Episcopado Latinoamericano que se desarrollaron en Medellín y Puebla fueron la concreción, la contextualización del Concilio para nuestro continente.

Es verdad que este proceso transformador ha sido lento, en principio por las resistencias y poca apertura de quienes en cada época y desde el servicio pastoral que desarrollan no lo supieron recibir y por tanto no lo comunicaron, pero también porque si leemos bien el paso de Dios por la historia, el proceso es germinal, es una semilla que busca la tierra generosa de la multiplicación, es una relación y depende de dos Sí, el de PapáDios y su hijo Jesús, que siempre

quieren y toman la iniciativa, y definitivamente el nuestro, que parte de nuestra libertad y de un amor que busca corresponder. En este camino que nos abrió el Concilio muchos hermanos nuestros abiertos a ese tiempo de gracia se adentraron a contemplar el Evangelio discipularmente y por ello no dudaron en entregarlo al pueblo, en las comunidades, en el barrio, en organizaciones sociales, en las parroquias... Así fueron surgiendo movimientos y grupos en los que la centralidad era la lectura de la palabra. Ciertamente lo más deseable y absolutamente necesario era que la experiencia de la lectura orante en comunidad se fuera cultivando y extendiendo a lo largo y ancho de nuestro pueblo venezolano. Sin embargo, aunque no pocos agentes pastorales no promovieron ni cultivaron este contacto con el evangelio, en las comunidades y parroquias y prefirieron aferrarse al catecismo y devocionarios, la semilla del Concilio quedó sembrada y siguió creciendo en silencio. En Venezuela hay mucha más gente de la que pensamos que está en esta contemplación y escucha del evangelio y eso es lo que da el tono a la vida ordinaria, a la cotidianidad, al compromiso con la construcción de país. El contacto cercano con grupos, organizaciones sociales y juveniles, asociaciones, voluntariados que están en este momento dando la cara a la realidad, respondiendo a ella creativamente, nos ha hecho constatar que de fondo lo que les mueve a entregarse, a seguir luchando y a mantenerse en pie es el contacto permanente con la palabra viva que nos da vida, que es la luz de la vida.

Sumergidos en la crisis más terrible que se haya vivido en los últimos tiempos, vemos con profundo dolor, hermanos nuestros desfallecer por el hambre, la enfermedad, el sometimiento y control de las comunidades a manos de los más violentos, la falta de oportunidades, de los servicios públicos más importantes como son agua, luz y transporte, con un desgaste y cansancio en el cuerpo y en el alma a causa de la violación sistemática de nuestros derechos como personas y ciudadanos. El escenario es cada vez más dramático, el hoy es tan duro que todas las fuerzas y energías se entregan en poder vivir lo más humanamente posible, que quizá por ello nos cuesta creer que mañana se puede estar peor, además porque no lo queremos; sin embargo hacia allá apuntan los indicadores económicos, políticos y sociales. Si bien es cierto que la gente que intenta vivir de la fe y de la esperanza no les da oídos a las profecías de la desesperanza y los análisis desalentadores, también es verdad que esa misma fe nos va ayudando a ver las cosas de frente, con sentido de realidad, a vivir sin engaños, a experimentar la situación en nosotros mismos como presente dolorosamente dramático, pero no como final trágico, sabiendo que la última palabra no la tienen los poderes de este mundo.

DE LOS SANTOS EVANGELIOS ¿QUÉ JUZGAMOS MÁS PERTINENTE PARA NUESTRA SITUACIÓN?

Toda la revelación que entrañan los evangelios, cada palabra, cada escena siempre será pertinente para cualquier situación humana, para cualquier realidad de los hijos de Dios que necesite ser iluminada; siempre será noticia buena y nueva. Sin embargo queremos compartir lo que nos parece un mensaje, una palabra central, si queremos vivir y superar cristianamente la situación.

BUENA NOTICIA: SOMOS HIJOS EN EL HIJO, VIVIR DESDE ESA RELACIÓN, VIVIR EN LA CONFIANZA

La gran noticia que nos revelan los evangelios es que Jesús es el unigénito del Padre, su hijo amado, el predilecto en quien se complace (Mc 1, 9 Mt 3, 17 Lc 3,21), que este hijo único del Padre se hizo uno de nosotros para salvarnos. Esta noticia nos revela el amor infinito del Padre que al ver a la humanidad, su pueblo, abatido, postrado por la opresión, le entrega lo más amado de su corazón que es su hijo único; pero además no lo entrega de cualquier forma, lo entrega para hacerse uno de nosotros, desde abajo, desde los oprimidos, desde los necesitados de salvación, para levantar a los de abajo, no con ese poder que conocemos que sólo sabe imponerse y aplastar, sino con cercanía y humanidad.

Jesús a lo largo de su vida en esa relación va descubriendo y asimilando que el Padre y él son una misma cosa (Jn14, 11) y al mismo tiempo va descubriendo que la razón de estar en este mundo es la entrega a su pueblo y a cada ser humano en una relación de fe que salva. Por ello se define como hijo y como hermano, todo del Padre, todo de sus hermanos, sin guardarse nada para sí, tanto que no hay tiempo ni para descansar un rato. En el bautismo recibido de manos de Juan, él, que no tenía pecado, se bautiza asumiendo los pecados del mundo, pide el perdón por todos y nos asume en su corazón como nuestro hermano. Pero no se trata sólo de un gesto, en los evangelios vemos cómo a lo largo de toda su vida se define absolutamente como hermano; vemos cómo en esa íntima relación de Jesús con el Padre, en esa oración permanente con él, le presenta a su pueblo con verdadero dolor de hermano, presenta a los hambrientos para que los sacie, a los enfermos para que los sane, a los pecadores para que reciban el perdón, a los oprimidos para liberarlos, presenta a sus hermanos para que sean tratados como hijos, para que el amor que él recibe de su Padre los rehabilite y los ponga en pie. Así vive empeñado en reconciliar a la humanidad con su Padre, hasta consumir su opción: ese amor fraterno lo llevó a entregarse hasta

dar la vida pasando por la muerte en la cruz, que fue vista por muchos como un fracaso, como un abandono de Dios. Definitivamente ese amor absoluto ganó para nosotros el ser hijos.

El Padre quien ante la muerte de Jesús tuvo la última palabra, una palabra que es Resurrección, que es SÍ a la Vida en él, ese Padre amoroso ya no recibió sólo a Jesús, pues Jesús en su corazón nos llevó a todos y nos presentó ante su Padre, por tanto en él todos somos hijos. Con la resurrección, Jesús, el SÍ definitivo de Dios a la humanidad, y en ese Sí, nuestra filiación divina para siempre. Por Jesús podemos llamarnos hijos de Dios y serlo; es la gran noticia del Evangelio.

En la situación como la que vivimos actualmente en Venezuela, donde la falta de lo más básico para la vida humana, donde la ausencia de institucionalidad, de aplicación de la justicia, de liderazgos que cumplan su rol de garantes de la paz y convivencia ciudadana, donde la ausencia de los adultos en la vida de los niños y adolescentes es cada vez mayor, bien sea porque deben salir muy temprano a buscar el sustento y regresan muy tarde y eso implica menos tiempo de convivencia o, más dramático aún, porque emigraron buscando un futuro para sus hijos y éstos quedaron en manos de terceros, donde son cada vez más los estudiantes sin maestros y maestros sin estudiantes, los enfermos sin médicos... la experiencia es de desamparo, de soledad, de vacío, de inseguridad, de orfandad. Y es precisamente en este momento de orfandad generalizada cuando más necesitamos descubrir, recuperar, cultivar el mayor don que es ser hijos en el hijo, es absolutamente vital que desde la fe nos abramos a esta identidad más profunda.

Ahora bien, no se trata de una confesión doctrinaria de fe, de programaciones emocionales para cambiar esos estados de ánimo y esa experiencia social generalizada de orfandad; se trata de entrar en esa relación con el Padre de Jesús que es también nuestro Padre. Lo que da realidad y peso a un parentesco es la relación. Si no vamos al Padre, si no nos encontramos con él, si no nos relacionamos personalmente, no podemos vivir esta experiencia. Para relacionarnos de este modo lo primero es ir al propio Evangelio y desentrañar de él lo que nos revela de nuestro Padre, pero sobre todo ir con actitud contemplativa a la persona de Jesús que es como él mismo lo ha dicho, el rostro del Padre, el camino hacia él (Jn 14,9); dejarnos hablar por el evangelio y entrar en ese diálogo. Después (que no significa orden o secuencia) hay que relacionarse con él en la cotidianidad, porque en definitiva la fe se expresa en la vida, se vive en el acontecer de cada día, hablándole como hijo necesitado, que busca su ayuda, su compañía, especialmente en este trance tan amargo que vivimos, sin quedarnos con nada,

pues todo se puede poner en sus manos. Si este contacto sale lo más genuinamente de nosotros, sabiendo que es con él con quien vamos por la vida, tendrá matices, es decir alguna vez será un ruego, una súplica, otra será un dolor, otra será un desahogo, un profundo y alegre agradecimiento, un cansancio que busca descargarse en él y también, como es lo normal de lo personal, será una queja, un reclamo, porque en definitiva es relación de hijo con su Padre. Necesitamos sobre todo vivir esta condición de hijos desde la confianza de saberse en manos del mejor padre porque se trata PapáDios. Es verdad que es tan duro lo que vivimos, que terminar el día sin comer y saber que nos levantaremos sin nada, que sólo tenemos el pasaje para ir al trabajo, que otras personas lo están pasando peor que nosotros, que los niños, ancianos y enfermos son los que más sufren, que la impunidad crece, que el panorama nacional no ha avanzado en nada, que no en pocas ocasiones nos sentimos como aplastados por todo este peso con el que cargamos, pero es precisamente por eso que necesitamos descansar en él con absoluta confianza, creyendo de verdad que él tiene la última palabra. Esa confianza brota de saber que si soy hijo, hija, es que no nazco de mí sino de él, entonces la vida no empieza y termina en mí o en los que tienen el poder, sino que nace y continúa en él.

Jesús no sólo nos revela al Padre sino que nos revela el modo de ser hijo, con confianza y abandono en él en todo momento, pero especialmente lo vemos en los momentos más dolorosos, en el Getsemaní (Mc14,36), en la Cruz (Lc 23, 46). Vivir en esta confianza, en esta relación de fe en él no da resultados mágicos, ni resuelve de inmediato la situación, pero sí es una fe que salva, que libera del dominio del miedo, de vivir en la compulsión, en la depresión angustiosa, en el abatimiento, y va dejando crecer esa adhesión de fondo a pesar de las dificultades, ese ir reconociendo con serenidad que PapáDios está por encima de cualquier inestabilidad vital, que a cada día le basta con su propio afán (Mt6, 34). Vivir desde esa confianza hace que nazcan ojos nuevos para ver oportunidades donde otros ven fracasos, para encender una luz en lugar de maldecir la oscuridad, nace la creatividad para hacer frente a la realidad, para arreglárselas lo más humanamente posible en el día a día, aun cuando hay profundo dolor por la realidad, porque la confianza no es una anestesia, ni una sobredosis que nos evade del presente, ni un calmante para resistir el dolor, pues la fe si algo nos da es sentido de realidad, en lo más profundo se tiene la certeza de que la última palabra la tiene el DIOS DE LA VIDA , EL PADRE DE JESÚS Y PADRE NUESTRO.

BUENA NOTICIA: SI SOMOS HIJOS, TAMBIÉN SOMOS HERMANOS. RECONOCERNOS Y EMPEÑARNOS DECIDIDAMENTE EN CONSTRUIR LA FRATERNIDAD EN VENEZUELA

Inseparable de la buena noticia de que en Jesús somos hijos del mismo Padre está la de que somos hermanos, porque él nos lleva a todos en su corazón, porque confesando nuestros pecados nos reconcilió para siempre con nuestro Padre. Los evangelios nos muestran a Jesús en total relación y entrega a los hermanos, conmovido por los dolores, la pobreza y la opresión en la que viven. Por eso se empeña en tratar de convencerles de que no están solos, que hay un Dios que les ama infinitamente, por ello en esa relación de hermano va poniendo signos que sanan, liberan, animan, rehabilitan. No se trata de exhibir un poder, es el amor que salva el que se manifiesta. De ese amor brota la vida más humana, que pone en pie a los que estaban abatidos, les devuelve la confianza en sí mismos, los moviliza buscando las palabras de vida que les hace libres. Pero Jesús no sólo da, no sólo se alimenta de esa relación con el Padre para salvar a sus hermanos; su encuentro con los hermanos es reciprocidad de dones, también recibe de ellos, confían en él, se acercan sin miedo porque se saben recibidos, los más humildes lo reconocen como el enviado de Dios, lo hospedan en sus casas, lo alimentan, lo acompañan por el camino. Él también está en sus manos, es una relación horizontal, libre, mutua. Esta relación de amor a sus hermanos le ocupa todo el corazón y por tanto todas sus energías, toda su vida, todo lo que él es, y así se define absolutamente como hijo y como hermano asumiendo las consecuencias de esa identidad frente a los poderes de su tiempo que culmina en la cruz, porque prefiere morir como hermano de todos, antes que ser salvado de la muerte por su Padre.

Es Jesús quien nos enseña a ser hijos y a ser hermanos, es esa relación manifiesta en los evangelios la que nos ilumina para que nosotros hagamos en nuestro tiempo lo equivalente. Ahora bien así como hemos dicho que para ser hijo es necesario el cultivo de la relación, porque en definitiva es nuestro SÍ a esa paternidad de Dios, de igual modo ser hermanos exige una relación que nos acerque para reconocer al otro, para descubrir que él es tan amado del Padre y de Jesús como lo soy yo, que todos estamos en su corazón. Tan verdadera debe ser esa relación de hijos con nuestro Padre Dios como con nuestros hermanos; no hay fe en Dios si no hay fe en las personas. En los evangelios vamos encontrando que esta relación, que es de fe y de amor, debe convertirse en una fraternidad universal, que no tiene sentido amar sólo a quienes nos aman (Lc 6,31), que es

al prójimo que tiene necesidad al que hay que acercarse, que es amor solidario con los más excluidos, los más vulnerables y preferidos de Jesús (Mt 25,34).

Si asumimos como hijos nos libera del desamparo y orfandad y nos ayuda a vivir en el aquí y en el ahora desde la confianza en nuestro Padre, decidimos a vivir como hermanos en Venezuela desde unas relaciones personalizadoras es abrimos a construir la casa común donde hay lugar para todos, empezando por los que más sufren y los que quieren solidariamente sumarse a la causa. Reconocernos unos a otros nos salva del individualismo, de la tentación de aprovecharnos de la situación, de no salir corriendo en el “sálvese quien pueda” o quedarnos encerrados en nuestro pequeño círculo. Hacernos conscientes de que en esta situación lo que más necesitamos es cultivar la fraternidad de los hijos e hijas de Dios, en ello Jesús se jugó la vida en su tiempo y en éste, con sus circunstancias, nos toca a nosotros, abrimos, salir al encuentro de los otros no como quien va a salvar porque nosotros somos tan necesitados como el resto de la gente, sino para ayudarnos mutuamente, para compartir las cargas, los dolores, los sufrimientos, como Jesús, que no dio cosas sino que con su pobreza nos enriqueció porque se dio él mismo, así también nosotros darnos en la medida del don recibido.

Este empeñarnos decididamente en construir fraternidad no es un programa de gobierno, un plan a desarrollar con unas metas y objetivos medibles en términos de resultados, o un plan pastoral, es absolutamente superior, es el mandato de Jesús (Jn 13, 34) que nos apremia y que exige concreciones en los diferentes ámbitos donde hacemos la vida, y al mismo tiempo es nuestro SÍ a esa alianza, es nuestro amor que busca corresponder. La más fundamental de esas concreciones que se nos pide es el modo de estar de manera personal definiéndonos como hermanos y viviendo cada vez más como tales en las relaciones que se tienen a diario, ejercitándonos en ensanchar el corazón para incluir a todos, mirando y escuchando a cada uno como persona, haciéndonos conscientes en la cotidianidad, en las carreras diarias, en las tareas, en los tremendos esfuerzos que hacemos, que lo primero son las personas y que esos esfuerzos no tienen sentido sino con ellas, por ellas y para ellas, empezando por la propia familia y por todos con los que convivimos a diario. Lo que los evangelios nos muestran es a un Jesús que oye, que mira, que habla, que se acerca y toca, que se conmueve, que atiende al que está a la orilla del camino, (Mt 9, 20.27-30; Mc 10, 13-16. 21) ese estar con todos los sentidos en la realidad es lo que hace que sus relaciones sean tan personalizadoras, tan humanas, tan hermanas. Es necesarísimo entonces que como Jesús salgamos de nosotros para ir al otro. Con frecuencia nos encontramos actitudes de ensimismamiento, indiferencia, egoísmo,

insensibilidad y distracción. Estas actitudes se derivan en una buena parte de la compleja dinámica social a la que estamos sometidos, pero también y sobre todo de la cultura individualista reinante en el mundo, que ha ido moldeando un modo de relaciones donde hay muchos “yo” y quizá algún “tú”, pero para nada el “nosotros”. En este modelo dominante cada individuo nace de sí y para sí; por eso no importa aplastar a otros, utilizarlos, aprovecharse y luego desecharlos para mantenerse vigente. Más aún, tenemos que tener claro que quienes tienen el poder en este mundo y en nuestro país viven de ese modo, aunque pretendan disfrazarlo con discursos ideológicos que promueven un modelo social humanista y van a agotar todo cuanto sea posible, sacrificando a muchos para que eso sea lo que prevalezca. Por ello es tan importante reconocer lo que se nos ha instalado de ese modelo y ha configurado parte de lo que somos, como personas y como sociedad y por ello tanta deshumanización, que es totalmente contrario a lo que nos propone Jesús.

Con esa concreción personal deben ir surgiendo otras de índole colectivo, no podemos estar confinados a lo privado, a lo particular. Así no estuvo Jesús en medio de los suyos. Es necesario arreglárselas creativamente para sumar esfuerzos que nos enrumben por este horizonte común. Dios quiere que nos abramos a vivir desde su novedad, desde la sencillez y cotidianidad, pero poniendo toda el alma en esa decisión vital de hacer la fraternidad. Hay que propiciar los encuentros con la gente, las reuniones, comunidades, grupos, asociaciones, siempre abiertos, pero especialmente compartir la esperanza y el sueño de la sociedad justa y fraterna que tanto anhelamos, como la más cercana expresión del Reinado de Dios.

Ese primer paso, si se da genuinamente, dejándonos conducir por el Espíritu de Dios que hace nuevas todas las cosas, dará posibilidades a nuevos rumbos, para que la esperanza y el sueño de sociedad tengan compromisos reales y nos implique a todos. En este punto es importante siempre ver las dos direcciones para el cultivo de la fraternidad en los ambientes donde estamos: una es lo que de mí puedo ofrecer, impulsar, motivar, proponer, animar desde el don recibido y otra la que otros que también avanzan por este camino me están proponiendo, qué opciones hay, qué ofertas, iniciativas, novedades, en las que nos podemos implicar, a qué retos personales y comunitarios se nos está llamando. Vemos con alegría y esperanza que en esta dirección hoy en nuestro país han surgido cantidad de organizaciones formales y no formales, grupos, redes de verdadero encuentro fraterno y de ayuda solidaria, de entrega y atención a los más golpeados por la situación, para la oración y la escucha de la palabra, para la defensa de los DDHH, para recuperar los espacios comunes, para formar en construcción

de ciudadanía y cultura de paz, para llevar alegría donde hay dolor, para alimentar, para procurar la salud... Nunca antes había habido tanta creatividad para la búsqueda del bien común y en definitiva para la fraternidad. Sin embargo, como la situación es desbordante y los niveles de emergencia son tales, el compromiso e implicación debe ser mayor, como una onda expansiva que va atrayendo a más gente a esta buena noticia.

Los evangelios nos muestran en Jesús que la fraternidad se trata de amar y que amar es buscar el bien de los hermanos y que el bien siempre rehabilita, saca de la postración, alegra, descarga, sana, libera, renueva, transforma, compromete, humaniza, tanto a quien lo da como a quien lo recibe. Esos son los frutos de que en verdad es fraternidad cristiana, esto es clave para lo que decidamos emprender y para discernir si lo que entregamos esforzadamente en lo que hacemos a diario conduce a estos frutos. Tendríamos que preguntarnos en qué se capitalizan nuestros desvelos y cansancios, en qué estamos poniendo todo lo que somos y tenemos, en esta construcción de la fraternidad. ¿En qué se puede ver?

Los evangelios nos revelan también el perdón como uno de los rasgos más importante de la fraternidad. Jesús en manos de sus asesinos murió perdonando y pidiendo al Padre que los perdonara, que no sabían lo que hacían, él no quiere que nadie se pierda y por ello no da a nadie por perdido, todos estamos en su corazón. Así para nosotros en esta fraternidad que es amar, están los enemigos, los que nos adversan, los que nos han herido, los que nos han separado de familiares y amigos, los que han vulnerado nuestros derechos, los que han causado el daño social. Y, como nuestro hermano mayor, nos toca ejercitarnos en ese perdón que sana, que reconoce al otro como hijo de nuestro Padre y a alguien que en definitiva es hermano enemigo, primero que todo hermano (Lc 6,27-35). El perdón es liberador y tanto como personas como ciudadanos necesitamos liberarnos del el odio, el rencor, los deseos de venganzas que nacieron de esta situación y que mucho alimentamos e hicimos crecer. En eso cada uno es responsable de cuánto hemos anidado en el corazón, también de lo que hemos enseñado directa e indirectamente a niños y adolescentes y que ha crecido con ellos sumándole más daño al que la crisis estructural ya les ha estado haciendo. Nos toca también pedir perdón porque hemos herido, hemos excluido, hemos ofendido y discriminado. Quizá también para alguien nosotros representemos el enemigo. Perdonar y pedir perdón no excluye la responsabilidad de nuestras acciones, al contrario nos debe llevar a actuar desde justicia.

Ser hermanos nos da la confianza de saber que no vamos solos por el camino, que estamos juntos en las buenas y en las no tan buenas, que los problemas repartidos entre varios pesan menos, que compartir el dolor es dividirlo y

compartir la alegría es multiplicarla, que nos arriesgamos y vamos poniendo nuestros haberes al servicio de todos, que no nos guardamos nada para nosotros, que al dar no tenemos miedo de quedarnos sin nada porque lo que más se experimenta es la reciprocidad, la generosidad, la bondad de PapáDios y los hermanos, nos ayuda a comprender que la casa es de todos, que todos somos dignos y que la justicia y la equidad deben estar presentes, que las transformaciones que juzgamos tan importantes como lo son la economía y la política pasan por recuperar el tejido que nos une como sociedad y que en un mundo fraterno la única discriminación que cabe es la discriminación positiva: aquella que vela ante todo por los más pequeños, débiles y vulnerables.

Este es el don sagrado que nos alcanzó Jesús para ser felices y aunque hemos dicho que es una alianza entre el Padre, nuestro hermano Jesús y nosotros y que sólo hace falta nuestro sí, es un sí que necesita su gracia porque aún nuestro sí es débil, el empeño decidido en construir fraternidad es un tesoro en vasijas de barro y lleva consigo nuestra fragilidad, nuestra condición de pecadores, nuestra gran distancia entre lo que somos y él nos propone ser, nuestras tentaciones de definirnos como individuos y vivir para nosotros. También lleva nuestras caídas, también nuestro deseo más sincero, nuestro amor que es lo único que podemos dar. Sólo el hermano mayor puede enseñarnos a ser hermanos, sólo él puede inspirarnos, atraernos. Por eso necesitamos seguir contemplándolo en los evangelios para que de tanto verlo, de tanto oírlo, nos vayamos acompasando con él y configurando con su hermosa humanidad para ir reproduciendo cada vez más fielmente su imagen en nosotros aunque sea inabarcable y nos tome toda la vida.

VIVIR DESDE LAS ACTITUDES EVANGÉLICAS Y NO DESDE LA REACCIÓN QUE PROVOCA LA CRISIS

1- Discernir la situación a la luz del evangelio (Mt 16,3): los evangelios nos presentan a los fariseos y maestros de la ley que constantemente hacían preguntas a Jesús para ponerlo a prueba y dejar en evidencia que, aunque parecía un hombre recto, que hacía prodigios, que hablaba como quien tiene autoridad, que despertaba una gran admiración, que trataba a todos con misericordia, no podía ser un profeta ni mucho menos un enviado de Dios, ya que lo que dice y lo que hace no tiene su acento en las normas prescritas en la ley, además de menospreciar abiertamente la ley de pureza, juntarse con los pecadores y la chusma y no frecuentar el templo para ofrecer sacrificios.

Estos representantes de la religión no podían reconocer a Jesús porque estaban convencidos que no puede venir de Dios alguien que no sigue al pie de la letra lo que está escrito, pues para ellos todo lo que había que hacer, cómo se debía actuar, estaba ya indicado en la ley y eran ellos precisamente los encargados de enseñar al pueblo lo que Dios quiere en su diario vivir y en cada coyuntura de la vida. Las reglamentaciones y las prescripciones los cegaron, pero sobre todo esa ceguera consistía en no abrirse a los desamparados y abatidos, a los pobres y excluidos. Ellos no se abrieron a la novedad que les ofrecía Jesús; por eso se extravían de la verdad y en consecuencia se apartan del Dios verdadero.

Jesús al vivir volcado todo hacia su Padre y hacia los hermanos, fue capaz de captar en la vida concreta, en la realidad de su pueblo, el dolor y la opresión, las cargas que los poderosos montaban sobre sus hombros y experimentó en su propia carne la lógica del poder que se imponía al proyecto amoroso de un Dios que es Padre que quiere que todos vivan con la dignidad de hijos. Al vivir encarnando en esa realidad, escuchando a su Padre y a sus hermanos, fue respondiendo con fidelidad a lo que el Padre pedía de él cada día, ayudando también a que cada hermano fuera descubriendo en su propia vida el paso del Dios que quiere liberarlos. Les ayudaba a verse en su situación, a recuperar la fe que salva y ponerse en pie. Fue dándoles razones para la alegría, para vivir buscando la verdad, por ello cada día, en medio de la adversidad, crecía la esperanza y eran más los que se sumaban, se fue movilizando un pueblo a esa escucha de la palabra que daba vida.

Ese Jesús de los evangelios hoy es la clave para interpretar nuestra situación. En sus palabras y en su proceder, en sus sentimientos es donde encontramos el referente para vivir humanamente las dificultades, pero también para ver las posibilidades, para actuar, para no dejarnos paralizar, aunque las condiciones sean tan difíciles. La visión de lo que ocurre en el país no se puede reducir a la opinión expuesta en las redes sociales, a los artículos de dos intelectuales y un economista o al pensamiento de un sector político u otro y que esas sean las que repitamos como mantras que van convirtiéndose en verdades absolutas hasta que lleguen otras y las sustituyan. Nos toca a todos y a cada uno situarnos en la vida y discernir la situación. Los evangelios nos aportan elementos para discernir la realidad, para ver que la situación es una parte, pero no lo es todo, para captar qué hay dentro que humaniza o deshumaniza, qué hay de presencia de Dios o no en ella, qué hay que potenciar, que hay que desechar y sobre todo cómo respondemos a cada situación sin que nos domine lo visceral, los sentimientos colectivos de fracaso, los triunfalismos, las frustraciones y desde allí reaccionemos. Es distinto indignarse, dolerse, afectarse por la situación, que de-

jarse influir de tal manera que la situación dirija mis emociones, mis decisiones, mis actuaciones, mis relaciones, que viva maldiciendo y quejándome.

Como la vida es abierta y tiene muchos matices es necesario cultivar esta actitud permanente de discernimiento, porque nos vamos haciendo humanos con nuestras acciones, porque en ese hacernos humanos hay fuerzas que buscan arrastrarnos, unas a esclavizarnos y otras a liberarnos y porque el responder a la realidad cristianamente implica hacer hoy el equivalente de lo que haría Jesús en su tiempo. El discernimiento no es un ejercicio técnico para expertos; es una actitud que exige pensar, reflexionar, evaluar, orar a la luz de la palabra, si queremos ser fieles a la realidad y al Señor de la historia.

2- Tener ocupado el corazón para que no se incline al mal y para hacer el bien que necesita el país (Mt 15,19) El evangelio nos dice que del corazón brotan las malas intenciones, que vivimos en una situación de pecado que nos empuja constantemente a deshumanizarnos. Estamos interconectados y tanto las personas como el ambiente nos afectan para bien o para mal, pero no nos determinan porque fuimos creados con una libertad que es capaz de elegir el bien y de actuarlo.

En esta crisis que vivimos hemos visto el corazón humano dominado por mal, manifestándose en crímenes, muertes, violencias y agresiones, robo, extorsión, nunca imaginados, bien sea en algunos casos por sobrevivir llevándose a otros por delante, por cubrir las necesidades más básicas, bien sea por la ambición desmedida de tener, por acaparar aprovechándose de los demás, por mantenerse arriba desangrando a los de abajo. Éstas son entre otras las razones por las que este mal se ha instalado. Pero también el mal toma otras formas destructivas más sutiles, como lo es ir poco a poco socavando la familia, la educación, el trabajo productivo, la convivencia ciudadana, las relaciones personales, las opciones éticas...

Ante este mal creciente la actitud que necesitamos cultivar es la de que el corazón esté ocupado, aquí el corazón como expresión del querer más profundo del ser humano, por tanto que esté ocupado de querer y elegir el bien, de estar entregado como Jesús a su Padre y a sus hermanos, estar atento, estar despierto, ser consciente de nuestras inclinaciones al mal, de las debilidades y carencias que tienden a darle espacio en el corazón, para así no darle posibilidades. En ello es necesario revisar en qué se ocupa la vida, el tiempo, las energías. De lo que se cultive diariamente dependerá lo que brote del corazón.

En Venezuela hay muchísima desocupación literalmente hablando, mucho ocio, muchas fuerzas sin emplear, mucha inercia que va siendo tierra para el crecimiento del mal. Por ello no basta identificar nuestras inclinaciones al mal

para no darles espacio, es imprescindible elegir el bien y hacerlo. Eso significa ocuparnos, trabajar con todo lo que somos, poniendo al servicio los dones que tenemos, poner signos del Reino en el día a día. Jesús nos dice que si creemos haremos cosas mayores de las que él hizo (Jn14,12 ; Mt 21,21). Hacer el bien tenemos que cultivarlo como una actitud, como modo de estar en esta realidad y más concretamente ese bien hay que operativizarlo en acciones mancomunadas, sistemáticas, organizadas, con horizonte compartido que sean respuesta a la crisis, que sean semillas de vida, especialmente para los más desfavorecidos. Que donde haya hambre ocurra la multiplicación del pan, que donde hay enfermedad ocurra el milagro de la salud, donde haya opresión la libertad...

Ese deseo del reinado de Dios exige en Venezuela organización, redes, asociatividad, reciprocidad de dones en favor de este bien común. Hacer el bien hoy como lo hizo Jesús en su época también implica denuncia del mal, de las estructuras que lo favorecen, del poder que lo sostiene, sabiendo que como Jesús también sufriremos las consecuencias de ese proceder pero paradójicamente habrá una paz y una alegría que el mundo no puede dar ni quitar.

3- Pasar de la narrativa del caos y la desesperanza a una narrativa de la esperanza evangélica (Lc 6,45). El evangelio nos dice que de lo que abunda en el corazón habla la boca. Si antes hemos dicho que las opiniones y discursos de la redes y de algunos personajes de la vida pública se van convirtiendo en las versiones oficiales, en el pensamiento de todos, también así en un lenguaje colectivo. Si en la situación que vivimos no somos capaces de ver otros signos que nos indican la vida, el paso de Dios por nosotros, nos vamos convenciendo de que todo está muy mal y que sólo hay mal, pero además lo repetimos, lo hablamos como único tema, sin matices, sin alternativas. Este lenguaje denota también lo que hay en el pensamiento, en el corazón y se va convirtiendo en un modo de ser y de estar.

Estamos llamados a cultivar una narrativa de la esperanza que es más que un simple lenguaje optimista y positivo. Parte de la mirada a la realidad donde hay signos de presencia de Dios, esfuerzos humanizadores, muchísima gente entregada a hacer el bien. Eso tiene que ser parte de nuestros diálogos conversacionales; actitud testimonial de que el mal se vence a fuerza de bien, de que la última palabra en esta vida y en nuestra historia la tienen PapáDios y su hijo Jesús. La lectura orante como diálogo con la palabra creadora, fehaciente, con la palabra que es la esperanza, si nos va calando, será cada vez más de lo que hablemos, de lo que hagamos y vayamos repartiendo a nuestro paso sin complejos y sin fanatismos y será de lo que estará lleno el corazón.